



## DISCURSO

*(Pronunciado por el licenciado Roberto Reyna, Rector de la Universidad Autónoma de Santo Domingo en la primera investidura ordinaria de licenciatura y segunda graduación de Técnico Superior de la Universidad de Psicología Industrial Dominicana)*

## DESAFIOS DE LOS NUEVOS PROFESIONALES

Santo Domingo, Distrito Nacional, 28 de septiembre del 2006



Licenciado Ricardo Winter, Rector de la Universidad de Psicología Industrial Dominicana,

Señoras y Señores miembros que completan la Mesa de Honor,

Profesores y profesoras de la Universidad de Psicología Industrial,

Distinguidos invitados especiales,

Estudiantes,

Graduandos y Graduandas,



Señoras y Señores:

Estamos convocados aquí para celebrar una actividad académica trascendente en la cual tengo el privilegio de proponerles que reflexionemos acerca de los desafíos a que tendrán que enfrentarse en el futuro inmediato en su condición de nuevos profesionales.

Antes de ser profesionales, todos y todas tenemos que desarrollar nuestras vidas encarando dificultades, problemas y conflictos de diversa índole y complejidad variada, pero al llegar a la meta de la profesionalización, los compromisos con la sociedad



son mayores y los desafíos se multiplican y se tornan más difíciles.

Uno de esos retos es la obligatoriedad de ser competentes en el área del conocimiento elegida o en la carrera cursada. Tener una formación sólida es una responsabilidad personal a la que ninguno de ustedes puede renunciar.

Naturalmente, la Universidad hace su aporte, pero no basta con lo que haya hecho la Universidad, pues cada persona es responsable de desarrollar sus propias competencias. Cada uno tiene que asumir la responsabilidad de ampliar su formación, cada quien debe complementar y profundizar su educación.



Otro desafío de los profesionales de hoy radica en el hecho de que vivimos la civilización informática que caracteriza la Era del Conocimiento y que nos obliga a ser parte de la Sociedad del Conocimiento.

Desde finales del Siglo XX, hace alrededor de una década, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, UNESCO, advirtió que en el presente Siglo serían consideradas analfabetas las personas que no tuviesen un dominio aceptable de las aplicaciones básicas de la Informática, aun cuando hubiesen alcanzado una profesión.

Así que los profesionales de nuestro tiempo tienen la obligación de superar la barrera que supone



el no saber manejar las herramientas de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación.

De igual manera, los nuevos profesionales enfrentan el desafío de tener que aprender una segunda lengua, que, junto con la Informática, constituye el nuevo concepto de alfabetización.

El proceso de globalización que vive el mundo obliga a todos los ciudadanos y ciudadanas de la aldea global, principalmente a los profesionales, a aprender a comunicarse en un idioma extranjero, que, tomando en cuenta las circunstancias del comercio internacional y de la geopolítica, tiene preeminencia el Inglés.

Otro desafío que deben afrontar los nuevos profesionales es asumir un nuevo paradigma con





respecto al alcance de los aprendizajes. Antes se creía que bastaba con aprender; ahora se sabe que hay que aprender a aprender.

Algo similar ocurre con el paradigma referente al término de la educación. La profesionalización es un punto importante en el proceso de la educación, pero con ella uno no termina de educarse. Antes se consideraba que la profesionalización era el final del proceso educativo; ahora se sabe que la educación es un proceso que dura toda la vida.

Este reto que parece simple no lo es. Hay personas que nunca han ido a la escuela o han ido muy poco y son educadas; en cambio, hay otras que siendo profesionales no son educadas.



Los nuevos profesionales deben tener instrucción, pero además deben ser educados, lo cual significa que, por su condición de profesionales, son llamados a conducirse conforme a patrones de conducta a tono con el nivel de educación alcanzado. Tienen el reto de asumir la educación como norma de vida y como práctica social.

Es un ideal de la sociedad que cada profesional que se forme en nuestras universidades se distinga por su buena conducta, por tener buenas costumbres, por ser obediente a las leyes, por ser hombre o mujer de comportamiento ejemplar.

Para insertarse bien en la Era del Conocimiento, los profesionales noveles deben saber que no es el oro o el dinero lo que nos enriquece. Es mediante el incremento de las propias capacidades y saberes





como podremos crear bienes y bienestar para todos y todas. En este tiempo en que es precisamente el conocimiento la mayor riqueza que pueden tener las personas y las naciones debemos crecer cada día más en el dominio intelectual.

Pero no basta con saber mucho; es necesario que el saber sea para el bien, que el saber esté asociado con la verdad, con la justicia, con el amor. Hay individuos que tienen conocimiento pero viven al servicio del mal. A esa gente no le falta el saber. Lo que le falta es el valor agregado que constituye la educación. Lo que le falta es el sentido de la vida con valores.

Lamentablemente, en los tiempos que corren se aprecia que la ética, la moral, el concepto de justicia, así como los principios y valores han perdido importancia entre los seres humanos.



Alguien ha dicho que la educación es lo que nos queda cuando hemos olvidado lo que hemos aprendido. Y eso que nos queda como conducta, como actitud, como valor es lo que le da calidad a la condición humana. Ello significa que la educación no equivale a simple conocimiento. La educación es esencialmente comportamiento, es buena conducta, es un conjunto de actitudes y formas de actuación que constituyen el paradigma conductual positivo de la persona.

Los profesionales que entran hoy a la competencia deben estar conscientes de que la educación está comprometida con el sentido humano de la vida. Está vinculada con la moral y con la ética. Sin moral y sin ética no hay educación. Una persona podrá ser instruida sin buenas costumbres y sin escrúpulos, pero no podemos decir que esa persona tiene educación.



Para que una persona pueda ser considerada educada es necesario que su vida esté sostenida por valores morales, sociales, personales. Cada persona debe tener una escala de valores equilibrada para que podamos decir que es una persona educada.

Uno de los valores con los que debe comprometerse el nuevo profesional es la solidaridad.

Debemos ser solidarios con los que, por diversos motivos, no han tenido la oportunidad de profesionalizarse. Esa solidaridad debe ser mayor para con aquellos seres humanos que ni siquiera han podido salir del analfabetismo común y corriente, es decir que todavía no han adquirido las habilidades, destrezas y competencias relativas a la lectura y la escritura.



Ustedes, como nuevos profesionales, deben asumir que la alfabetización es un acto de amor hacia los iletrados. Hemos dicho que cada profesional debe considerar hermano o hermana al hombre o mujer cuya vida se ha de iluminar con la luz del alfabeto.

Todo profesional, pero fundamentalmente el que egresa hoy de las aulas universitarias, es responsable de que surja una corriente de empatía entre él y el iletrado y debe constituirse en un facilitador capaz de acompañar al otro en el proceso de aprendizaje.

Los nuevos profesionales deben saber que la alfabetización es una acción dignificante en dos vías. Al tiempo que se eleva la dignidad de quienes reciben el conocimiento y dominio de la palabra escrita,



también se hacen más dignos aquellos que proveen ese conocimiento y dominio.

Debemos insistir en que el analfabetismo, indicador eficiente del atraso social y cultural de una colectividad, no se conjura con discursos, no se enfrenta con palabras bonitas sino con acciones valientes, con la movilización de los talentos principales de la sociedad.

Por ser buenos ciudadanos, personas con calidad, hombres y mujeres capaces de usar los conocimientos para edificar el bien, la justicia y la verdad, los nuevos profesionales tienen el desafío de asumir la alfabetización como un acto de justicia con el que se amplía y se profundiza la vida democrática de la sociedad dominicana.



No basta con saber que debemos cuidar el medioambiente y los recursos naturales; es necesario que actuemos en consonancia con ese conocimiento. Los integrantes de una sociedad con educación le confieren importancia a la calidad del ambiente en que viven. Las vacas ensucian el agua de su propio bebedero porque no tienen educación.

Más que a las personas sin estudios universitarios, a los profesionales se les exige voluntad y dedicación para cuidar el clima, la limpieza del aire, la inocuidad de los suelos, la pureza del agua y proteger la flora y la fauna en beneficio del ser humano y de las demás especies del planeta.

A los profesionales, tanto a los nuevos como a los viejos, se les supone capaces de comprender que el ser humano forma parte esencial del medioambiente





y de la biodiversidad, capaz de vivir en armonía a con los demás y con el resto del medio ambiente.

Por esa razón, es posible asumir desde hoy el desafío de contribuir a contrarrestar el aumento de sustancias productoras de la lluvia ácida y por ende el deterioro de los bosques y la extinción de especies animales y vegetales vitales para el equilibrio del ecosistema.

La conciencia social y la sensibilidad humana les exigen a los nuevos profesionales encarar el desafío de comprometerse con el propósito de frenar el aumento de la contaminación de las aguas dulces y de los alimentos, la sequedad e infertilidad de la tierra y la deforestación, que anulan la producción de oxígeno e impiden la recuperación del aire.

Los nuevos profesionales tienen el desafío de usar su voz, su prestigio y su talento para impedir el



incremento del efecto invernadero, la reducción de la capa de ozono y la alteración del habitat y la salubridad mediante la producción de alimentos con contaminantes cancerígenos y con agentes que estimulan mutaciones en los seres vivos.

Asimismo, los profesionales bisoños deben unirse a los viejos robles para contribuir juntos al fortalecimiento de la identidad nacional, sobre todo en un momento de la historia de la humanidad en que la globalización destruye los valores culturales de las naciones, especialmente de las más pobres.

Por otra parte, los nuevos profesionales tienen un grave compromiso con la construcción de una cultura de paz. Tienen que oponerse radicalmente a la violencia, participar en la solución de conflictos y ser entes coadyuvantes de la tranquilidad ciudadana y la paz social. La sociedad espera que ayuden a la



elevación de la esperanza, los ideales, la ilusión, la prosperidad y la alegría de vivir.

Los recién egresados de las universidades deben ser agentes contrarios a las lacras sociales como el juego de azar, el alcoholismo y el tráfico y consumo de estupefacientes, que, por el contrario, sean entes positivos para el desarrollo de la producción, la productividad y la competitividad.

El país necesita que sus nuevos profesionales sean personas capaces de influir para que su entorno familiar, social y laboral mejore la disposición por hacer bien las cosas, reforzar los valores, suprimir el egoísmo e inclinar a las personas hacia la equidad, la solidaridad y el bien común, hacia la disciplina, la responsabilidad y la dignidad.



Los nuevos profesionales no sólo tienen que ser personas honradas, honestas y rectas en las que se pueda confiar, sino que, además, deben transmitir actitudes de personas serviciales orientadas hacia el servicio y hacia la virtud en general, personas tolerantes, prudentes y pacientes, seres humanos participativos y alegres que pongan amor en lo que hacen; personas concentradas y con escrúpulo, sin vicios ni manías, que eviten los conflictos, las discordias, que sean ejemplos en su vida personal.

Quiero pedirles a los jóvenes que se reciben hoy que se comprometan a trabajar por la materialización de la utopía de convertir esta nación en un habitat de gente de calidad, íntegra, innovadora, que administren el tiempo, que generen ideas de bien, que planifiquen en pro de la eficiencia, que proyecten una grata impresión, por su apariencia, por sus modales, por su comportamiento y por sus hábitos,



que sean cada día gente sin egoísmo y con dignidad,  
gente honrada, competente, trabajadora y feliz.

Muchas gracias.